

y en encargos que transmitís al rey sus afectos personales.» La audiencia con el soberano se celebró, pero fué de pura cortesía, y el negociador, sin esperar más, salió de Viena (1).

La negativa del Sr. de Beust destruía en su germen la reconstitución de una verdadera Santa Alianza; y mientras él contestaba en la forma que hemos visto al Sr. de Tauffkirchen, el representante de Austria cerca del rey Guillermo, Sr. de Wimpffen, dedicábase á recomendar en Berlín el doble arreglo concebido en Viena y destinado á zanjar la cuestión del Luxemburgo. Sus primeros despachos eran reflejo de temores bastante vivos, y no porque Bismarck rechazara los buenos oficios del gabinete austriaco, puesto que, por el contrario, aparentaba aceptarlos con gratitud y aun iba más lejos discutiendo los dos proyectos y calificando de *idea feliz* (2) la combinación que cedía el Luxemburgo á Bélgica y Marienburgo y Philippeville á Francia; pero ¡cuán diferente era la realidad de estas apariencias conciliadoras! Después de haber hablado de aquel modo, el canciller se pregunta si Inglaterra se prestaría á un nuevo deslinde del territorio belga; y luego volviendo los ojos á su propio país y reproduciendo con desconcertadora persistencia el tema ya debatido, invocaba la sobreexcitación del espíritu público y manifestaba que se adheriría ciertamente á la proposición austriaca si para entonces no se veía arrollado, si no le obligaban á obrar de otro modo, si las excitaciones del partido militar no ahogaban las pacíficas opiniones de los políticos. ¡Cuántas segundas intenciones alarmantes no escondían estas fórmulas dubitativas! Lo que mantenía vivos los temores era el lenguaje desagradable de los agentes prusianos en el extranjero: el representante del rey Guillermo en San Petersburgo afirmaba que Bismarck no era hombre para aplazar la lucha si la juzgaba inevitable; y en Londres, el Sr. de Bernstorff negaba, sin atender á razones, las palabras conciliadoras atribuidas á su jefe, y afirmaba que Prusia nunca podría consentir en la evacuación del Luxemburgo (3). La actitud del gobierno ruso añadía á estas incertidumbres otra causa de confusión: «Deseo que la tentativa del Sr. de Beust tenga todo el éxito que merece, decía el príncipe Gortschakoff al Sr. de Revertera, embajador de Austria; pero estoy resuelto á no comprometer prematuramente la política de Rusia.» En el entretanto, comenzaba á circular por Berlín un rumor: la prensa alemana, al ver que nos dedicábamos á aumentar nuestros efectivos, muy menguados, y á completar nuestro material de guerra, denunció con extremada vehemencia estos preparativos, y en los círculos militares prusianos el santo y seña era: «Decididamente Francia quiere la guerra.» Esta acusación fué juzgada tanto más grave cuanto que parecía que se renovaba el procedimiento del año an.

(1) Despachos del barón de Beust al conde de Trauttsmandorff en Munich y al conde de Wimpffen en Berlín, de 6 y 19 de abril de 1867 (*Documents distribués aux délégations des dîtes de Vienne et de Pesth*, 1868); *Correspondance inédite du duc de Gramont*; *Mémoires de M. de Beust*, tomo II, pág. 106.

(2) Despacho del conde de Wimpffen al barón de Beust, de 12 de abril de 1867 (*Documents autrichiens*, 1868).

(3) Despacho de lord Stanley á lord Loftus, de 15 de abril de 1867 (*Correspondence respecting the grand-duchy Luxembourg*, pág. 2). Despacho del conde Apponyi al barón de Beust, de 18 de abril (*Documents autrichiens*, 1868).

terior: igual agravio se había formulado, en efecto, contra el Austria antes de Sadowa, y la cuestión de los armamentos, mantenida y avivada con pérfida habilidad, había, más que todos los otros motivos, lanzado á los dos pueblos á la guerra.

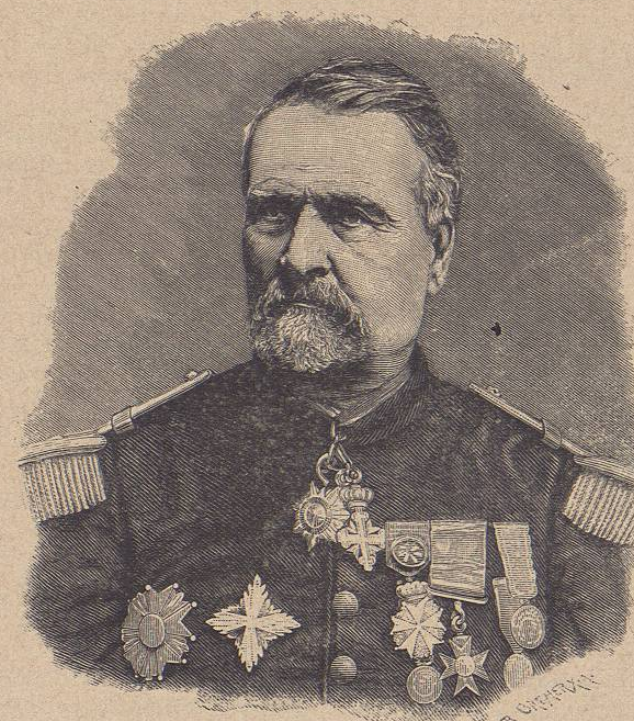
El Sr. de Beust no se desanimó y su pensamiento, siempre el mismo, se desenvolvía en las formas más variadas y persuasivas: «Francia, decía ingeniosamente, renuncia á un asunto semiconcertado, la adquisición del Luxemburgo; pues bien, que Prusia, por su parte, renuncie á un derecho semiperdido, la ocupación de la plaza fuerte (4).» Así hablaba el hombre sagaz, el señor de Beust, dirigiéndose á Bismarck, al hombre fuerte. A todo esto, se eclipsó el hombre fuerte, que partió para Pomerania y de nadie se dejó ver durante cinco días. Mientras tanto, se interponían las mayores influencias en favor de la paz: la reina Victoria, abandonando su habitual reserva, envió al rey Guillermo una carta autógrafa en la que, con ruegos muy apremiantes, conjuraba al soberano á que evitara á Europa los horrores de la guerra, añadiendo que si estallaba la lucha, Inglaterra, á pesar de los vínculos de una tradicional amistad, no podría prestar á Prusia ningún apoyo, ni siquiera moral. La reina, al invocar las alianzas de familia y las consideraciones de humanidad, estaba segura de que hería las fibras más sensibles del monarca prusiano. El mensaje fué confiado á un correo extraordinario que llegó á Berlín el 24 de abril; y aquel mismo día volvió Bismarck á encargarse de su ministerio. El Sr. de Wimpffen, que estaba á la mira de su regreso, tuvo con él, el 25, una larga entrevista y observó con satisfacción que Bismarck se había suavizado. Este, que parecía sentirse expansivo, habló largamente del estado de Francia con serenidad benévola, casi imparcial, como si la soledad, el reposo y la ausencia hubiesen aflojado sus nervios y calmado su alma. En muy buenas palabras, rindió homenaje al emperador Napoleón, quien personalmente quería la paz; «pero es de temer, añadió, que se vea arrastrado por las circunstancias ó por los hombres que le rodean.» El embajador austriaco apresuróse á aprovechar aquel momento de calma y redobló sus súplicas repitiendo las mismas palabras del Sr. de Beust: «¿Sería razonable, dijo, ceder á una sobreexcitación efímera de la opinión pública? ¿Un simple derecho de guarnición es un objeto litigioso de suficiente importancia para motivar la guerra?» Al oír esto, Bismarck replicó con gravedad: «La cuestión del Luxemburgo es ciertamente muy poco importante, pero puede ser un pretexto para ocultar ulteriores propósitos.» Después habló de los preparativos militares de Francia y de las violencias de la prensa parisiense: «¡Ah, señor presidente!, repuso con alguna viveza el Sr. de Wimpffen, ¿creéis que el lenguaje de la *Gaceta del Norte* ó de la *Gaceta de la Cruz* sea muy á propósito para tranquilizar los ánimos?» Convenía que en aquel cambio de ideas se llegara á una conclusión concreta. El embajador, esforzándose por llevar la conversación al fondo del asunto, encomió el espíritu conciliador de Napoleón, que aplazaba y hasta abandonaba todo proyecto de anexión, dejaba el Luxemburgo en manos de la dinastía Oranje y no pedía,

(4) Despacho del barón de Beust al conde de Wimpffen, de 20 de abril 1867 (*Documents autrichiens*, 1868).

á cambio de esto, más que una sola cosa, la evacuación y la demolición de la fortaleza. Bismarck no negó la prudencia de esta política: «Personalmente, dijo, me declararía en favor de este arreglo; pero es preciso obtener el consentimiento del rey y conquistar la opinión pública de Alemania.» Después la conversación se desvió y Bismarck volvió á hablar de los armamentos, en vista de lo cual el Sr. de Wimpffen le dijo: «Os ruego que no suscitéis tan irritantes quejas;» y citando á propósito el propio ejemplo de su patria, recordó lo que había sucedido en 1859 y en 1866. El primer ministro

gran ducado. Con resuelta firmeza había mirado por el honor, punto sobre el cual no transigía, y lo demás era á sus ojos secundario, así es que todo lo aceptó inmediata y casi *calurosamente*, según frase del Sr. de Metternich (2). Cuando al día siguiente fueron transmitidas á Berlín las palabras de Napoleón, Bismarck comprendió que, dada la buena voluntad y el espíritu conciliador de éste, no había ningún pretexto plausible para la guerra; por esto dijo al Sr. de Wimpffen: «En estas condiciones considero casi asegurada la paz.»

Y lo estaba tanto más cuanto que el partido militar



El general Wimpffen

prusiano, cada vez más suavizado, reconoció que la observación era justa y que nada podía igualar el peligro de esas mutuas acusaciones; y á modo de conclusión, dejó entrever su asentimiento al proyecto, si bien celoso de que no pareciera que concedía algo á Francia, manifestó el deseo de que la petición de evacuación fuese formulada por Holanda, y de que el gran ducado, convertido en Estado neutral, quedara colocado bajo la garantía de las potencias (1).

Desde aquel momento se despejó el horizonte político, y todo contribuyó á hacer prosperar la obra de Austria, muy especialmente la moderación de Francia. Las declaraciones de Bismarck al Sr. de Wimpffen fueron comunicadas inmediatamente á Viena y á París, y sin pérdida de momento el Sr. de Metternich se avistó con el emperador, el cual no hizo la menor objeción acerca de la forma de la demanda de evacuación ni acerca de la neutralización del Luxemburgo y no se fijó ó aparentó no fijarse en el cuidado que había puesto Bismarck en no tratar con nosotros ni en su solicitud para quitarnos toda ocasión ulterior de apoderarnos del

prusiano no podía ya conservar ninguna ilusión ni siquiera sobre el apoyo de la única potencia que en los primeros días le había inspirado alguna esperanza.

Rusia se había trazado desde el comienzo de la crisis un camino independiente del de Austria y del de Inglaterra, y eludiendo toda explicación, había aparentado esperar y reservarse, pero repartiendo de un modo desigual sus favores entre el príncipe de Reuss, ministro de Prusia, para quien eran todas las confidencias, y el Sr. de Talleyrand, embajador de Francia, á quien se dispensaba tan sólo aquella cortesía que se otorga á un extranjero distinguido. En París, el Sr. de Budberg, embajador del zar, mostrábase muy favorable á la política de las Tullerías, tanto por convicción personal como por simpatía hacia el Sr. de Moustier, con quien le unía una antigua amistad. De muy distinto modo opinaba el príncipe Gortschakoff, que si bien encomiaba la leal franqueza y la equitativa moderación de los despachos franceses, guardaba sobre todo lo demás tan prudente silencio que podía pasar lo mismo por aliado secreto de Prusia que por juez imparcial de los aconte-

(1) Despacho del Sr. de Wimpffen al barón de Beust, de 26 de abril de 1867 (*Documents autrichiens*, 1868).

(2) Despachos del príncipe de Metternich al barón de Beust, de 26 y 27 de abril de 1867 (*Documents autrichiens*, 1868).

cimientos. Súpose primeramente que el canciller moscovita, que se había ido reconciliando por grados con los gabinetes de Londres y de Viena, no estaba unido á Bismarck por ningún vínculo, y esta seguridad había tranquilizado un tanto; en los siguientes días, el príncipe habíase atrevido á formular votos por una solución pacífica y, por último, había confesado que la ocupación del Luxemburgo por Prusia era muy discutible. La evolución se había consumado y el primer ministro del zar habíase colocado de un golpe al lado de lord Stanley y del mismo Sr. de Beust. La señal de este cambio fué una proposición emanada de San Petersburgo y consistente en dejar á una conferencia europea el arreglo de la cuestión luxemburguesa; de esta proposición teníase ya noticia en el momento en que Bismarck celebraba con el Sr. de Wimpffen la conferencia que hemos relatado, y sin duda esta circunstancia no había sido ajena al cambio de actitud del ministerio prusiano. Estando todas las potencias de acuerdo, no era posible que Bismarck, tan prudente como audaz, quisiera ponerse al frente de todas ellas; y en efecto, antes de fines de abril y después de una conferencia con el ministro del zar en Berlín, Sr. de Oubril, aceptó la proposición rusa.

Las invitaciones para la conferencia se expidieron en 1.º de mayo y fueron enviadas á todos los signatarios del tratado de 1839 y además á Italia; la iniciativa de la convocatoria había sido reservada al rey de los Países Bajos, soberano territorial del gran ducado; las sesiones comenzarían el 7 de mayo y el lugar de reunión sería Londres. Aun en aquellas horas de tranquilidad pudo temerse que los ardores del partido militar destruyesen de un golpe el trabajo paciente de los diplomáticos. El gobierno francés, sorprendido por la crisis, habíase dedicado con gran actividad á llenar los huecos del material y de los arsenales, y bajo el impulso enérgico del mariscal Niel (1) habíanse reunido provisiones, fabricado fusiles y comprado caballos, y por añadidura habían sido llamados á las filas muchos soldados que disfrutaban de licencia. Estas medidas de previsión, que no eran ni podían ser medidas de agresión, habían sido observadas por los oficiales del Estado mayor prusiano, quienes, después de haber soñado con una campaña fulminante contra un enemigo desprevenido, sentían gran despecho al ver que la ocasión se les escapaba. Según ellos, cada día que pasaba era una probabilidad menos de vencer, y esta convicción los desesperaba: «La cuestión del Luxemburgo, escribía Moltke, no traerá consigo probablemente ninguna hostilidad; para nosotros nada sería tan grato como una guerra que, á pesar de todo, es inevitable (2).» En las correspondencias militares encontrábase multitud de declaraciones parecidas, y Bismarck, ora porque se sintiera semiarrastado por la corriente belicosa, ó porque juzgara temerario combatirla demasiado abiertamente, se dejaba á veces influir por estas aspiraciones que se traslucían en sus despachos, y en telegramas, que á modo de reto expedía sin cifrar, protestaba vehementemente contra los preparativos franceses. En las Tullerías y en el muelle de Orsay habíanse hecho el firme propósito de conser-

(1) En enero de 1867 había reemplazado al mariscal Randon en el ministerio de la Guerra.

(2) *Lettres* de M. Moltke, mayo de 1867, pág. 267.

var la calma: ¿se mantendrían en esta actitud hasta el final? Un día (era la víspera de la inauguración de la conferencia) Bismarck envió al Sr. de Goltz el siguiente despacho, que no se tomó el trabajo de cifrar: «El señor de Werther comunica desde Viena que hasta el embajador francés autoriza ahora continuas compras de caballos en Hungría por cuenta de Francia.» Vivamente molestado, el Sr. Moustier expidió en seguida en la misma forma este telegrama al Sr. Benedetti: «El gobierno prusiano prosigue en gran escala las medidas militares de toda clase; además manda comprar caballos en todas partes, en Polonia, en Hungría y hasta en Irlanda. No queremos sacar de estos hechos deducciones desagradables, pero me creo en el deber de ponerlo en vuestro conocimiento para vuestra información personal (3).» Varios de nuestros diplomáticos comenzaban á observar cierta impaciencia; uno de ellos era el Sr. de Gramont, quien, después de una entrevista celebrada con el Sr. de Werther á propósito de los armamentos, escribía desde Viena: «Si no he podido vencer al ministro de Prusia de la sinceridad de nuestros sentimientos pacíficos es porque su gobierno le ha prohibido creer en ella;» y en forma más áspera que prudente añadía: «El gabinete del rey Guillermo hablará menos de nuestros armamentos cuando crea más en ellos (4).» Aterrado ante la presencia de estos síntomas, el Sr. de Beust, ese infatigable agente de la paz, insistía, en telegramas llenos de súplicas, en que se reuniese muy pronto la conferencia á fin de que apresurara sus trabajos para ofrecer sin tardanza á Europa una solución definitiva: «Nada quedará terminado, decía, mientras no haya tratado.» En el entretanto, en los centros militares berlineses, á duras penas se calmaba el hervor de las pasiones, que á lo mejor volvía á recrudecerse, resultando una extraña contradicción entre los diplomáticos que de antemano proclamaban la paz y los militares que de antemano también predecían la movilización. Todo se ponía en estado de defensa, particularmente la fortaleza de Luxemburgo, en la que durante todo el día, con gran estupefacción de los habitantes, se trabajaba en reparar y artillar las murallas, trabajo que se proseguía aun de noche, á la luz de las antorchas, como si se estuviera en vísperas de un sitio, no de un desmantelamiento (5).

Apenas comenzaba á calmarse esta agitación guerrera cuando se reunió la conferencia. Motivo habría habido para desesperar de la razón humana si toda la Europa reunida no hubiese podido decidir á Prusia á que abdicara de un derecho de guarnición que sólo se ejercía por una delegación de la antigua Dieta germánica, ya disuelta. Los trabajos de los diplomáticos duraron cuatro días, y de las deliberaciones de los plenipotenciarios salió un tratado que consagraba la soberanía de la casa de Orange-Namur sobre el gran ducado y colocaba á este principado entre los Estados neutrales. La consecuencia de la neutralización era la inutilidad de toda plaza fuerte; por esto se convenía que la ciudad de Luxemburgo, considerada en el pasado como plaza fuerte federal, sería desmantelada. Neutralizado el gran du-

(3) Véase *Papiers des Tuileries*, tomo I, pág. 237.

(4) *Correspondance inédite*.

(5) Véase Servais, *Le Grand-Duché de Luxembourg et le traité de Londres*, pág. 149.

cado, no existiendo ya la Confederación, y siendo Luxemburgo ciudad abierta, el derecho de ocupación desaparecía virtualmente. «Su Majestad el rey de Prusia, decía el artículo 4.º, declara que sus tropas, que actualmente guarnecen la fortaleza de Luxemburgo, recibirán la orden de proceder á la evacuación de esa plaza inmediatamente después de cambiarse las ratificaciones del presente tratado.» De este modo quedó estipulada, en provecho de Francia, la modesta garantía que reclamaba para su seguridad, y más aún para su honor, y en 11 de mayo los plenipotenciarios se separaron entre el rumor muy amortiguado, pero todavía perceptible, de las agitaciones que el malhadado asunto había promovido.

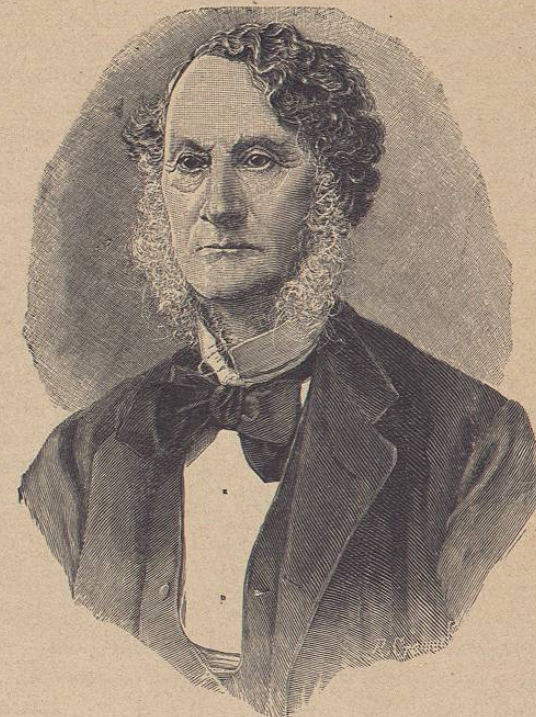
Dos días después, el Sr. de Moustier anunció á las Cámaras el desenlace de la crisis y la consolidación de la paz, en un breve discurso, exento de esa hinchazón que con harta frecuencia encontramos en las comunicaciones oficiales del segundo imperio. Recordó con gratitud los esfuerzos de las potencias y habló en términos amistosos de la misma Prusia; proclamó que el fin perseguido por Francia había sido no tanto engrandecer su territorio como proteger sus fronteras, y partiendo de aquí puso de relieve las modestas ventajas del tratado: un nuevo Estado neutral, especie de continuación de Bélgica, defendía nuestros límites septentrionales; la completa independencia del rey gran duque estaba asegurada; las fortificaciones contra nosotros levantadas en otro tiempo serían arrasadas, y los batallones instalados á nuestras puertas para vigilarnos se retirarían y volverían á sus acantonamientos de Alemania. Diputados y senadores aplaudieron este discurso, no con el entusiasmo de otras veces, pero con bastante unanimidad y con manifestaciones suficientemente prolongadas para dar al gobierno y al mismo país la ilusión de un triunfo. Y la verdad era que este último episodio de las *compensaciones*, en vez de terminar con un terrible conflicto, se acababa sin dejar más huellas que un mes de inquietudes y de cuantiosos gastos para el presupuesto de la guerra. A una campaña desgraciada había sucedido una retirada bien dirigida que salvaba el honor y aun más que el honor. Menos mal si con el arreglo de la cuestión luxemburguesa hubiesen podido borrarse las rivalidades, los odios, los malos recuerdos; pero ¿quién habría osado esperar una calma duradera después de todas las faltas cometidas antes ó después de Sadowa, y en presencia de las aspiraciones prusianas y de las suspicacias francesas?

V

Pero la tregua, aun siendo precaria, bastaba para poder entregarse al placer; y la gente se iba á entregar á él con tanto ó más ardor, cuanto que entre las ansiedades del ayer y las incertidumbres del mañana quedaría tal vez muy poco tiempo para divertirse. Después de las densas tinieblas surgía de repente sin transición la esplendente luz: desvanecidas las preocupaciones de la guerra, todos los pensamientos fueron para la Exposición.

Había transcurrido mucho tiempo, el suficiente para que se desconfiara de su éxito; la ceremonia inaugural celebrada en 1.º de abril, en lo más fuerte de las inquietudes, había dejado una impresión desconsoladora, co-

mo la que deja el bautizo de un niño enfermizo que parece sólo nacido para morir. Nadie tenía fe en ella, ni el público ni los expositores ni la comisión imperial, y la misma naturaleza, al igual que las pasiones de los hombres, parecía conspirar contra su buen resultado: en efecto, la primavera, que aquel año pareció una prolongación del invierno, lo envolvía todo en un velo de tristeza. No se veían más que vitrinas vacías, cajas cerradas, escasos forasteros, perplejos y más inclinados á marcharse que á completar sus instalaciones. Pero al fin todo se aclaró á la vez, el cielo que se desprendió de sus nieblas, la política que se serenó, y las almas que se



El barón Carlos Werther

abrieron á una confianza, á lo menos pasajera; y desde aquel momento, la capital, recobrada su normalidad, ingenióse en completar sus preparativos de fiesta, ofreciéndose desde mediados de mayo en todo su esplendor, embellecida por el sol, orgullosa con sus monumentos antiguos y modernos, armoniosa, amable, atractiva más que ninguna otra ciudad del universo, sonriendo á sus visitantes, dispuesta á enseñárselo todo con generosidad sin cálculo, y procurando agradar con un aumento de buena voluntad, como si quisiera reparar los días perdidos.

En 1855, el palacio de la Industria, adicionado con diferentes anexos, había parecido suficiente para la instalación de los productos franceses y extranjeros; en 1867, el número de expositores, que era de cincuenta y dos mil, en lugar de veinticuatro mil, el de los visitantes presuntos y el deseo de llamar la atención con un espectáculo cada vez más cautivador, habían sido causa de que se resolviera hacer una instalación más espaciosa. El sitio elegido era el Campo de Marte, que se recomendaba por su superficie, de unas cuarenta y cinco hectáreas, y por la proximidad del río y de varias vías de acceso; el plan general era el de un vasto parque sembrado de quioscos ó de pabellones, dispuestos los